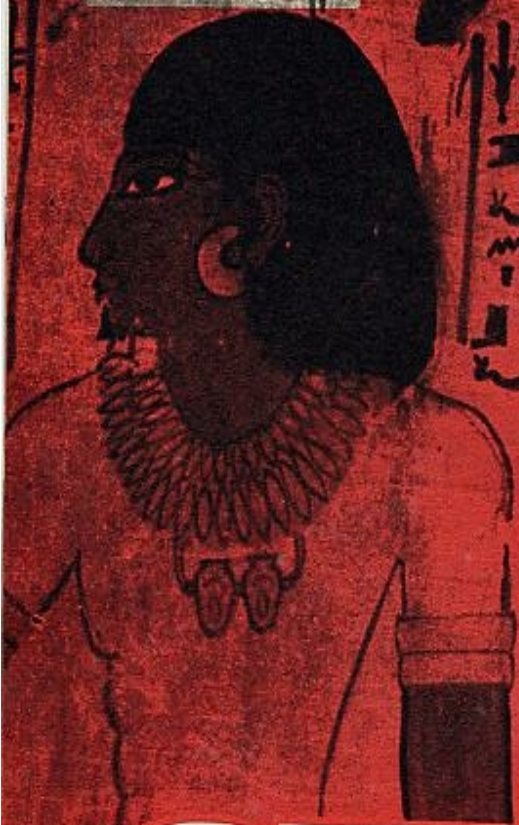
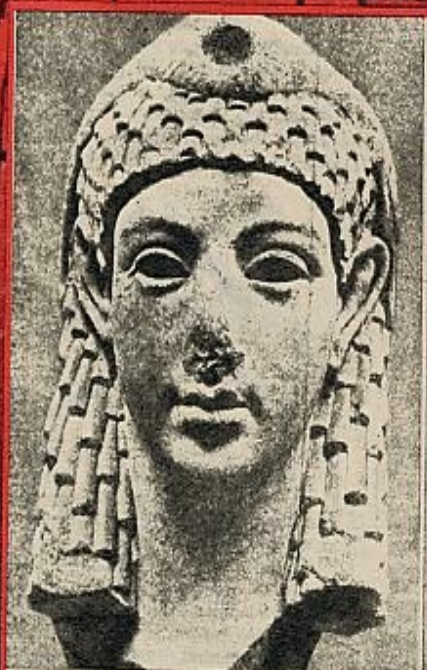


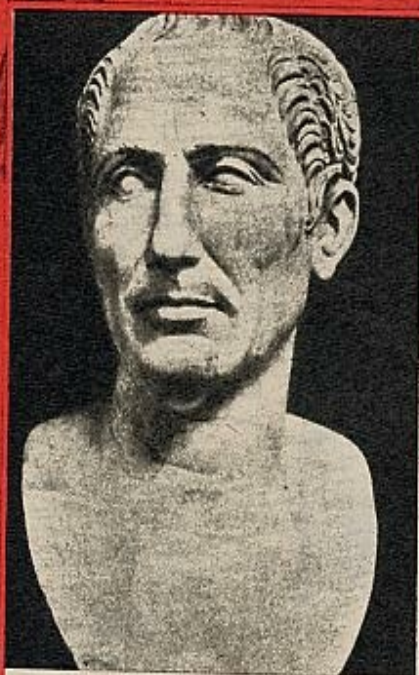
DOS MIL
AÑOS DE
AMOR



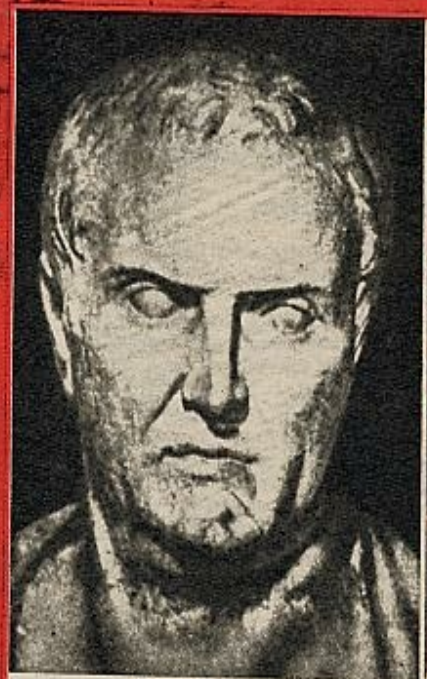
CLEOPATRA



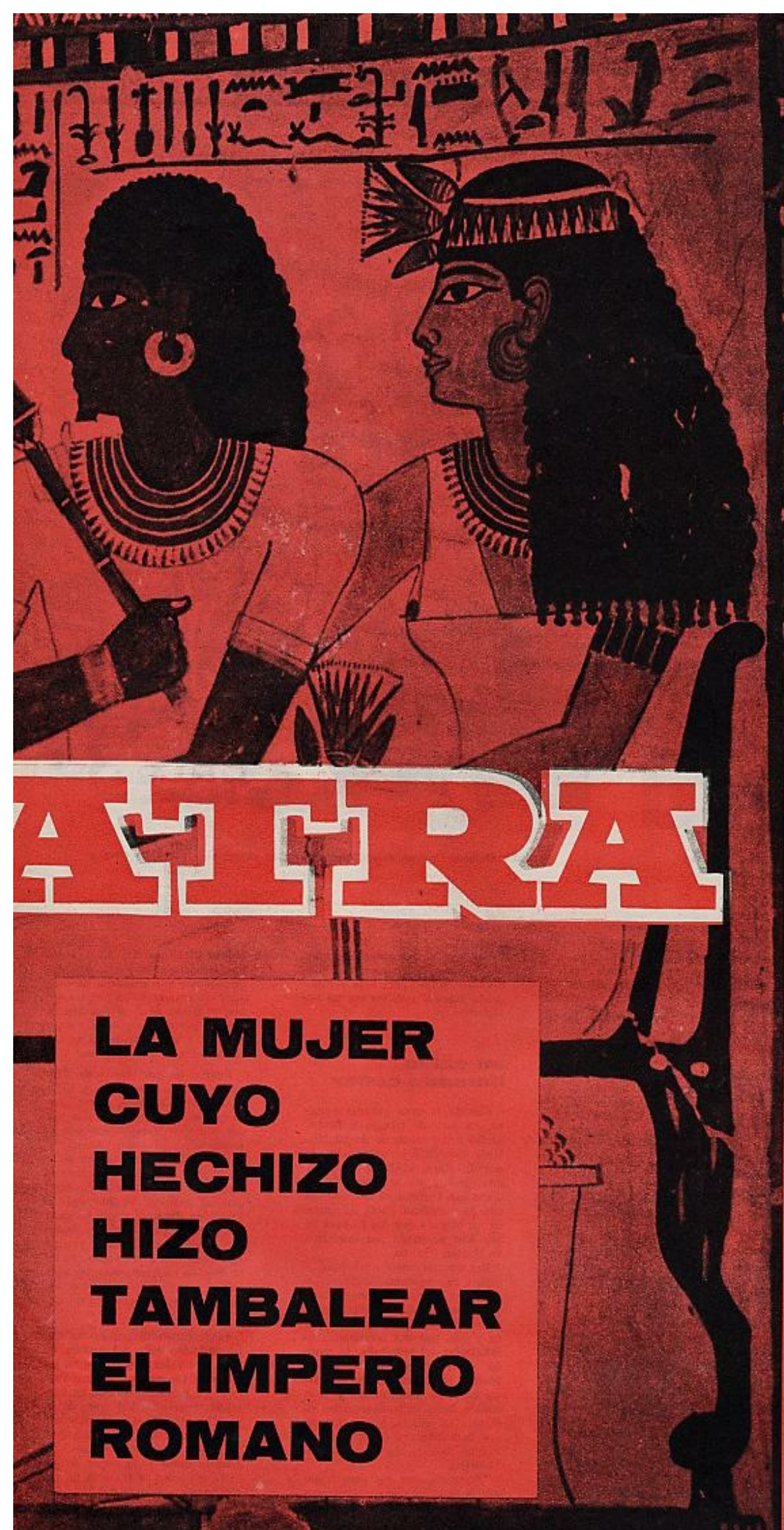
Cleopatra



Julio César



Marco Antonio



ALTERA

**LA MUJER
CUYO
HECHIZO
HIZO
TAMBALEAR
EL IMPERIO
ROMANO**



UNA SERIE DE REPORTAJES
SOBRE LA VIDA
SENTIMENTAL
DE FIGURAS CELEBRES
Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

EL año 69, antes de Cristo, fue testigo del nacimiento de una mujer cuyo nombre iba a pervivir por siempre en las páginas de la Historia. Fue inspiradora de poetas y dramaturgos —Shakespeare la retrató en un drama inmortal y G. B. Shaw en una de sus geniales farsas— y el cine nos la presentó más de una vez rodeada de todo el hechizo oriental capaz de crearse en un «plateau». En una de esas ocasiones tuvo el rostro redondito e ingenuo de Claudette Colbert, y ahora, en un film colosal, para cuya realización han sido necesarias cantidades fabulosas de dólares, aparecerá bajo los rasgos clásicos de Liz Taylor.

¿Sería la verdadera Cleopatra como alguna de estas famosas mujeres? ¿Era como Shakespeare la imaginó, solemne y cruel, o más bien pícaro y graciosa, como quiso Shaw? ¿Fueron sus pasos guiados por el amor o por la ambición? Y, en fin, ¿por qué esa aureola que acompaña su nombre a través de los siglos? ¿Era excepcionalmente bella, excepcionalmente inteligente? ¿Poseía alguna virtud desconocida por las demás mujeres de su época?

Era todo eso; solemne y cruel, pícaro y graciosa, ambiciosa y apasionada, inteligente y bella. En la reina egipcia los defectos y las

SIGUE



María Cuadra y Adolfo Marsillach en la obra de Shaw



María Dolores Pradera y Guillermo Marín en «Preguntar por Julio César»

virtudes se aliaron en el punto preciso para producir esa imperfecta perfección capaz de atraer y hechizar.

la famosa nariz

Siempre se ha pensado que mujer que despertó tan profundas pasiones, como fue Cleopatra, debía poseer una hermosura ideal. Sin embargo, no han sido pocos los que han echado sobre la suposición de tal belleza una sombra: la de su nariz. Se ha dicho que la nariz de la reina estaba lejos de ser perfecta o, para expresarlo más claramente, que, de haber vivido en nuestros días, Cleopatra hubiera sido cliente segura de un cirujano estético.

Pues bien. A pesar de que no existe ningún busto suyo que no esté deteriorado por el tiempo, es posible hacer su retrato con exactitud gracias a las descripciones que de ella nos han legado sus contemporáneos y a la efigie que aparece en las monedas acuñadas por entonces.

Cleopatra tenía una figura extraordinariamente esbelta y fina, un rostro bien modelado, con ojos enormes, boca sensual y una nariz que, sin ser perfecta, no era tampoco insoportable. Era, sim-

plemente, una nariz semita, de caballete algo curvado, como era habitual en las personas de su raza.

No fue, por tanto, su nariz lo que en un sentido u otro pudo cambiar el rumbo de la historia. Fue su personalidad, su carácter astuto, hábil para plegarse a cualquier situación, por inesperada que fuese, y sacar de ella el mejor partido posible. Enérgica cuando lo juzgaba necesario, dulce cuando la suavidad se imponía, Cleopatra supo extraer de condiciones tradicionalmente atribuidas a la mujer —gracia, astucia, sugerencia, sumisión— las bazas necesarias al triunfo que se había propuesto.

Y virtud máxima, cualidad sin duda más notable que las anteriores: con Cleopatra era imposible aburrirse. Sabía hablar de cualquier tema, lo mismo en tono ligero que erudito. Conocía numerosas lenguas y dialectos y sus más sesudos consejeros no desafiaban discutir con ella asuntos de política o de táctica guerrera. Se renovaba constantemente; su imaginación creaba nuevos tocados, nuevas y más fantásticas formas de acoger a sus invitados, planes cada vez más vastos con respecto a sí misma y al porvenir de su reinado.

Cleopatra retuvo largos años a

César y a Marco Antonio porque los hombres se enamoran de las mujeres bellas; pero solo permanecen junto a aquellas que no les aburren.

un calvo llamado César

Cuando el gran general romano, en olor de triunfo y laurel, arribó a las costas de Alejandría, tenía cincuenta y cuatro años, la mirada clara, vasta la frente y una calvicie que se empeñaba en disimular trayéndose los cabellos que le quedaban hacia adelante, en un peinado que los jóvenes de hoy han adoptado por iniciativa de Marlon Brando.

Era enormemente aficionado al lujo, a la elegancia. Entre exclamaciones de asombro se contaba que había mandado construir una mansión junto al Bosque de Diana y que, una vez terminada, insatisfecho del resultado, la mandó derribar en seguida. Poseía piedras preciosas y obras de arte en cantidad incalculable, y todo cuanto fuera bello despertaba en el acto su codicia. No es extraño que la hermosura de la reina de Egipto llamara de inmediato su atención.

Cleopatra, por entonces, compartía su trono con su hermano y

esposo Ptolomeo XV. Ella contaba diecisiete años y él... diez. Es de suponer que monarca de esta edad no tuviera ideas propias sobre política; pero si las tenía quienes pretendían gobernar en su nombre, y una dura lucha se entabló entre ellos y la reina.

Fueron los partidarios de Ptolomeo quienes triunfaron, y Cleopatra, obligada a desterrarse, pensó que solo contando con el apoyo del poderoso Julio César podría reconquistar el poder. No le importaron los peligros que encerraba su plan de presentarse ante él en el propio palacio real, donde el general romano era huésped de Ptolomeo. En una simple barca, y acompañada por uno de sus leales —Apolodoro de Sicilia—, llegó una noche hasta el palacio. Se introdujo en un gran saco que Apolodoro cargó al hombro, y así escondida llegó al aposento de César.

Lógicamente el general se sintió seducido ante tal prueba de ingenio y valor y, preso ya en las redes de Cleopatra, indujo a Ptolomeo a reconciliarse con su hermana; reconciliación que en la práctica suponía el poder absoluto para la reina. Ella le manifestó su agradecimiento ofreciéndole su rico dote amor y agasajos de un fasto tal como la travesía de varios meses a lo largo del Nilo, que

adquirió caracteres de verdadera fábula. Pero graves asuntos de Estado requerían la presencia de César en Roma. Más que nunca unido a Cleopatra por el nacimiento de su hijo Cesarión, los llevó consigo, arrojando el escándalo y el descrédito. Tan grande fue el imperio que ejerció sobre él la reina egipcia.

marco antonio, el fuerte

Todos los sueños de dominación universal que Cleopatra pudo haber albergado en los años que vivió junto a César, se desvanecieron al morir éste. Silenciosamente, en contraste con la ruidosa pompa que acompañó su llegada a Roma, la egipcia abandonó la ciudad. Pero otro general romano, Marco Antonio, llegó poco después a su vida, en la que iba a desempeñar un papel decisivo.

Antonio había pasado apenas la treintena, era fuerte, atractivo, lleno de una energía que buscaba constantemente ocasión de manifestarse. No era un intelectual refinado, como César. Sus aficiones consistían en comer y beber de forma desmesurada, alternar con sus soldados, a los que gustaba amistosas bromas; organizar fiestas y conquistar a las mujeres. Cuando llegó a Egipto, deseoso de robustecer con sus enormes riquezas las debilitadas arcas romanas, Cleopatra no pensó siquiera en

ofrecerle resistencia. El adversario era demasiado fuerte.

Más bien decidió utilizar con él la táctica que tan excelentes resultados le había proporcionado anteriormente: ingenio y seducción.

Antonio, fanfarrón, satisfecho de poder demostrar su poder, envió una orden a la reina para que se presentara ante él en Tarso. Ella obedeció — no sin hacerse esperar bastante — y apareció en una nave dorada, de velas color púrpura. Los remeros bogaban al compás de una música deliciosa e innumerables esclavas, escogidas por su belleza excepcional, formaban pintorescos grupos sobre cubierta. Cleopatra, bajo un toldo de oro, parecía la propia Venus que hubiera salido de las aguas para saludar al atlético vencedor. Tenía la reina entonces veintisiete años. La edad en que, como dijo Plutarco, el entendimiento de la mujer ha llegado a su completo desarrollo y su juventud y belleza están en todo su apogeo.

Marco Antonio, el guerrero incansable, el soldado rudo, el conquistador jamás conquistado por una mujer, se enamoró perdidamente de Cleopatra. Cuando la reina, después de la visita que hizo al romano, regresó a su palacio de Alejandría, lo hizo con la certeza de haber obtenido una completa victoria. El hombre de quien dependían los destinos de Oriente — y de Egipto, por tan-

to — estaba a su merced. Nada tenía que temer de los romanos ni de los enemigos que siempre la acechaban en su propia tierra.

Antonio corrió tras ella en cuanto hubo cumplido el objetivo que le había llevado a Tarso, y encontró en el palacio, junto a Cleopatra, el género de vida que ansiaba. La reina organizaba para él cacerías, partidas de juego, fiestas deslumbradoras. Empleaba todo su ingenio en satisfacer al hombre que le aseguraba el poder que ambicionaba. Sin embargo, su orgullo tuvo que sufrir un rudo golpe. Por razones de Estado, Marco Antonio contrajo matrimonio con Octavia, dama romana de relevantes dotes, hermana de su más peligroso rival. Esta boda, que allaba con lazos de parentesco a los dos hombres más poderosos de Roma, aparecía a los ojos de todos como la manera más segura de mantener la paz, tan a menudo amenazada.

Cleopatra se sintió humillada, pero no vencida. Más que nunca desplegó sus artes seductoras; más que nunca intentó imponer su voluntad al hombre que había osado ofenderla. Y salió triunfante. Octavia, digna siempre en su dolor, no logró retener a su lado al esposo que razones de Estado, no de amor, le habían proporcionado. La egipcia vivía junto a él y recibía de sus manos la concesión de numerosos territorios, con los cuales Egipto pasaba a ser la poten-

cia dominante en la cuenca oriental del Mediterráneo.

Octavia no se resignaba. Intentó reunirse con su esposo en Egipto varias veces, sin conseguir que Antonio la autorizara a hacer el viaje. Esperó pacientemente a que se disipara el influjo de la egipcia. Todo sin resultado. Y, sin que ella lo hubiese querido, fue su hermano, Octavio, quien hubo de terminar con la insolente fortaleza del que fuera su compañero y aliado.

Derrotado Marco, esperando ella misma ser prendida de un momento a otro por las legiones vencedoras, Cleopatra decidió morir. Prefería eso a entrar en las calles de Roma encadenada, expuesta a los insultos del populacho, como una viva presea del triunfo de sus enemigos.

Tiempo atrás había mandado construir su propio sepulcro en los jardines de su palacio. Allí, rodeada por todos los tesoros de sus antepasados, se hizo picar por un áspid.

La muerte de Cleopatra causó una gran decepción a Octavio porque con ella le faltaría el mejor y más valioso testigo de su victoria. Pero la reina había dicho: «Nadie me arrastrará en su cortejo triunfal» y, llegado el momento, supo cumplir su palabra.

Próximo capítulo:

GEORGE SAND Y CHOPIN

TRES FAMOSAS CLEOPATRAS



Claudette Colbert



Vivien Leigh



Liz Taylor